

Mensaje de la Presidenta

Como descendientes de los primeros corsos que llegaron a Puerto Rico, nos llena de orgullo preservar y compartir la historia de nuestros antepasados. Este artículo, publicado originalmente en Le Monde Magazine, celebra la huella que dejaron los inmigrantes del Cabo Corso en nuestra isla y el lazo que aún nos une con Córcega. Que este relato sirva para inspirar a las nuevas generaciones a mantener viva la memoria de nuestros ancestros y a fortalecer los lazos entre nuestras dos islas hermanas.

Nancy Toro Luccioni
Presidenta, Asociación de Corsos de Puerto Rico

La aventura americana de los exiliados del Cabo Corso

Texto de Antoine Albertini – Fotografías de Erika P. Rodríguez

En la isla de Córcega, aún se pueden ver majestuosas villas que simbolizan el éxito de los llamados “Americanos”, esos isleños que, durante el siglo XIX, cruzaron el Atlántico en busca de un futuro mejor en Puerto Rico. En esta isla caribeña, hoy vinculada políticamente a Estados Unidos, los corsos formaron uno de los contingentes de inmigrantes más importantes y fueron actores clave en su desarrollo económico y social. Sus descendientes siguen hoy preservando con orgullo la memoria de aquella historia. En el suroeste de Puerto Rico, en Guayanilla, Joseph Giuliani cultiva café en las plantaciones que fundó su bisabuelo corso en 1887. Su antepasado, Francisco Giuliani, dejó el pequeño pueblo de Pietracorbara, en el Cabo Corso, y nunca imaginó que su familia llegaría a poseer más de 680 hectáreas de tierra entre Yauco, Guayanilla y Adjuntas. Joseph, contador de profesión, podría haberse conformado con la jubilación, pero prefiere seguir cultivando el café “para mantener vivo el recuerdo”. Sueña con exportar sus paquetes de café a la tierra de sus ancestros, decorados con la Testa Mora, la cabeza de moro de la bandera corsa. Puerto Rico, considerada la “colonia más antigua del mundo”, se convirtió en la segunda patria de los corsos a partir de 1815, cuando el rey de España Fernando VII promulgó la Real Cédula de Gracias, que ofrecía tierras a los europeos católicos dispuestos a jurar lealtad a la corona. Desde entonces, los corsos llegaron en oleadas, formando una de las comunidades inmigrantes más influyentes de la isla. Se estima que sus descendientes representan hoy entre 10% y 15% de la población puertorriqueña. Llegados durante el siglo XIX, algunos corsos se convirtieron en fabricantes de muebles o cigarros, pero la mayoría se estableció en las

montañas y fue decisiva en el desarrollo de la agricultura, especialmente del café. Muchos comenzaron desde cero: sembraron, limpiaron tierras, perdieron todo por los huracanes y volvieron a empezar. Con el tiempo, las familias se unieron, ayudándose unas a otras, y surgieron dinastías como las de Bettini y Mariani, pioneras en la modernización y expansión de la industria cafetalera. En Yauco, una gran mural celebra las raíces corsas de sus habitantes. El profesor Edwin Mattei, descendiente de corsos y docente en la Universidad de Ponce, conserva con orgullo la hacienda familiar “La Fortuna”, llena de recuerdos y símbolos de su herencia. Sueña con convertirla en un centro educativo: “Aquí la gente empieza a olvidar esta historia”, dice con nostalgia. Más de dos tercios de los emigrantes corsos que llegaron a Puerto Rico partieron del Cabo Corso. Según el arquitecto e historiador Enrique Vivoni Farage, al menos 2,000 corsos emigraron a Puerto Rico entre el siglo XIX y comienzos del XX, incluyendo 256 mujeres. Junto con su esposa, Mary Frances, dirigió el Diccionario biográfico de los corsos de Puerto Rico, con cientos de pequeñas biografías. Las razones del éxodo no siempre fueron románticas. El sociólogo Jean-Michel Sorba cuenta que su abuelo Antoine Peretti huyó en 1896 de su pueblo de Arbellara bajo un nombre falso para escapar de una vendetta. En Puerto Rico se convirtió en administrador de una hacienda y sólo regresó 35 años después para dejar a su hijo en Córcega. “Para mi padre fue un choque cultural enorme: hablaba español, francés e inglés, pero los corsos lo llamaban l’Indiano”, recuerda. En Córcega, la epopeya de los Americanos sigue viva. Más de cien palazzi, lujosas mansiones construidas por corsos enriquecidos en el Caribe, salpican las comunas del Cabo Corso. Entre ellas destaca el Castillo Stoppielle, con murales que representan a una mujer taína, símbolo de los pueblos originarios de Puerto Rico. Los vínculos entre Córcega y las Antillas son antiguos. Algunos corsos incluso participaron en el comercio de esclavos, aunque la mayoría llegó después de la abolición. Los que cultivaron café lo hicieron en familia, mientras que quienes poseyeron ingenios azucareros sí emplearon mano de obra esclava antes de 1873. El espíritu político también viajó con ellos. Antonio Mattei Lluberas lideró una insurrección independentista en Yauco en 1897. Otros corsos y sus descendientes destacaron en las letras, la música o el ejército. El tenor Antonio Paoli Marcano fue considerado uno de los grandes rivales de Caruso. Durante décadas, los corsos más prósperos viajaban entre las dos islas. Regresaban con acentos mezclados de español y criollo, acompañados de esposas llamadas Eufemia o Panchita, y muchos volvían solo para morir en la tierra natal que ya no reconocían. En el Caribe, aún resuenan sus huellas: en los apellidos, en la música jíbara y en la memoria de sus descendientes. La historiadora Marie-Jeanne Casablanca-Paoletti afirma que las redes sociales, el interés por la genealogía y las actividades de la Asociación de Corsos de Puerto Rico han revitalizado el orgullo de los Boricorsos —nombre que combina Borinqueños y Corsos— por sus raíces. Ese optimismo lo comparte Nancy Toro Luccioni, presidenta de la Asociación y propietaria del Hotel Colonial de Mayagüez. “Si hablamos de nuestra historia con nuestros hijos, ellos también se interesarán”, asegura Nancy. Bajo su liderazgo, la Asociación busca revitalizar una comunidad que llegó a reunir cientos de miembros, pero que hoy enfrenta el desafío del relevo generacional. En octubre pasado, 28 puertorriqueños de origen corso recorrieron Córcega y fueron recibidos por el presidente Gilles Simeoni. Fue un reencuentro emotivo, símbolo de la unión entre

ambas islas. Mientras contemos esta historia, seguirá viva.

Traducción y adaptación al español por ChatGPT para Nancy Toro Luccioni.